

CRISIS, VALORES, PRINCIPIOS, MORAL HOY. COMENTANDO A SLOTERDIJK

El sistema está vacío: da igual quien lo personifique en cada caso, que siempre es nadie, el sistema sigue.

I. CRISIS

Acudiendo a la metáfora de Dostoyevski, reelaborada por Sloterdijk, de “conmoción en el palacio de cristal” del estrés y el aburrimiento del capitalismo integral de vivencias en que vivimos en el mundo adelantado podía calificarse la crisis actual en principio. Se vivía bien entre el aburrimiento posthistórico, sin nada ya que descubrir y conquistar, todo estaba dicho y todo lo que se decía eran relatos despreciables; bastaban unos *events* culturales y artísticos de diseño para satisfacer la cuota de vivencias a que cada ciudadano tiene derecho en el postcapitalismo; y el estrés autogenerado mutuamente entre todos, individuos,

colectivos y Estados, para mantenerse en forma; para entretenerse y soslayar el sinsentido ambas cosas: ya no nos estresaba el otro mundo, el azul del cielo no es más que el color del vacío.

Pero era una estructura quebradiza la que nos cobijaba y la que a pesar de todo envuelve nuestros proyectos vitales. Un castillo de naipes nuestra construcción del mundo basada enteramente en créditos e hipotecas sobre el futuro. Todo se movía por la absurda creencia en un bienestar siempre creciente, que los políticos fomentaban para su propia supervivencia, para perpetuarse en el poder.

Una conmoción del castillo de naipes de nuestra imagen del mundo abrumadoramente sincronizada debido a las velocidades inhumanas del tráfico mundial de capital e información para las que no estamos preparados ni lógica ni biológicamente. De las mínimas y máximas distancias lo humano es precisamente lo excluido, sólo las prótesis técnicas alcanzan a galaxias y partículas, nosotros sólo vemos la realidad en un ordenador, en imágenes digitalizadas: ningún dato relevante de la ciencia puntera es otra cosa hoy. (Y parece que tampoco del dinero.) Algo inhumano todo, digamos posthumano. Ha de haber muchas sacudidas aún del constructo



Sede de la filial de banca privada de la entidad británica HSBC en Ginebra. 2010.

humano en una sociedad todavía sólo semi-*cyborg*. Desde hace treinta años participamos progresivamente en una aceleración inusitada y sin límites: sólo poseemos un presentimiento o sensación confusa de lo que realmente sucede con nosotros.

Las prótesis técnicas superan nuestras capacidades sensibles e intelectuales hasta lo inimaginable, por ejemplo en esta crisis. Crisis causada por humanoides bancario-bursátiles: parecen humanos pero tampoco son *cyborgs*, diríamos. Todo un sistema globalizado de gentes así, simples nódulos de una 'tela de araña' virtual a su vez. La locura se ha externalizado en el sistema, como si hubiera encontrado un procedimiento para hacerlo. En una cultura de la inflación (inflamiento,

engreimiento, vanidad) los seres humanos no pueden estar tan locos como el sistema, simplemente ya no lo dominan. Ni siquiera son capaces de criticarlo, como antes, en las grandes crisis de mundo históricas. La posmodernidad es web, espuma, líquido. El mundo se va entre las manos. El sistema está vacío: da igual quien lo personifique en cada caso, que siempre es nadie, el sistema sigue.

Crisis gris

Por eso se siente uno como defraudado por esta crisis: no hay una figura que la personifique. Frente a los orondos ejecutivos de Lehman Brothers, Merrill Lynch, Goldman Sachs, frente a Lloyd Blankfein, por ejemplo, presidente de esta última entidad, que dice que los bancos sirven a un propósito social y están

haciendo en ese sentido el trabajo de Dios, frente a Allan Greenspan, incluso frente a Bernie Madoff, el mayor defraudador individual en la historia de Wall Street, o frente a ambiciosos chicos de las finanzas, los *brokers*, vendedores de hipotecas basura, especuladores virtuales, acusados de fraude, como los famosos Tetsuya Ishikama o Fabrice Tourre... el tío del Donald Duck del comic, el prototípico avaro, usureiro, desalmado tío Gilito es todo un titán de carácter, dice Sloterdijk.

En medio de la turbulencia planetaria no se aprecia el drama real. Parece una conjura universal de los necios, pálidos personajes, anónimas impersonas, ésos que vemos en masa en las bolsas colgados de un teléfono y varios ordenadores a la vez, con cara de susto permanente.

Un insulto a cualquier inteligencia. Esos guardeses de la bolsa, banca, lanzan de aquí para allá megamillonos en lo oscuro. Banqueros o bancarios, ejecutivos o peones, la crisis de valores de hoy es obra de grises burócratas que creen que se puede contrarrestar la pérdida de confianza con la emisión de dinero aparente a velocidades más que supersónicas. En la crisis de hoy no actúan Nerones, Césares perversos, superhombres infatuados, que pusieran patas arriba lo que la

humanidad tuvo por bueno y correcto hasta ayer. Qué va, en el mejor de los casos aprovechados y por tanto defensores del sistema mientras puedan vivir bien a costa de él, hoy que ya no es posible la revolución ni en concepto.

Crisis virtual

Ya un primer despiste en esta crisis: no se sabe en qué consiste. ¿La separación de virtualidad y realidad en los mercados financieros (y en todo) es la causa de la crisis?

Hay cálculos, ellos mismos imprecisos, que cifran en uno a diez el hinchamiento (inflación) de la economía financiera frente a la real.

Otros hasta en uno a cincuenta, al parecer. A esta inconmensurabilidad pertenece el hecho de que ni siquiera pueda decirse en qué dimensiones hay que pensar la crisis. Y de ahí proviene todo lo demás, sobre todo la sensación de una inflación sin fondo de los valores, que no se refiere sólo a los valores económicos sino a todas las escalas de valor: ya no se sabe en general lo que es grande o pequeño, poco o mucho, si somos extraordinariamente decadentes o estamos extraordinariamente en forma para afrontar los retos del futuro. Ya no hay parámetros nietzscheanos para diferenciar al noble y el plebeyo: eso que para Spengler significaba

«No más Lehman Brothers, no más AIG», cantaba a los cuatro vientos Timothy Geithner en un intento por dar con los votos que necesitaba para sacar adelante en el senado las nuevas reglas que gobernarán Wall Street. Foto Reuters. 2010.



el fin de la cultura, significa desde luego el fin de proyecto humanista, tal como se entendía hasta ahora al menos; ahora hablamos de posthumanismo. El hecho de que la crisis no pueda definirse es grave y peligroso económicamente desde luego, pero conceptualmente no extraña en una época histórica que por no hacer más relatos parte de no definirse siquiera a sí misma (más, en tal caso, que como el trasero, el post, de todo).

No se diferencia al noble del plebeyo, pero sí al rico del pobre, y las tendencias muestran claramente que cada vez habrá más diferencia entre unos y otros, ricos y pobres.

No sólo cuantitativamente. Los ricos que por ahora son sólo una clase social se van a convertir en una especie, casta, cuasi-genética, o en un superpueblo abstracto, retroalimentado en tanto sus familias se perpetúan en el poder; unidos a los individualistas, asocialistas, democracia-recelosos, neo-con-liberales, forman ya una élite que puede desembocar en un nuevo tipo de humanidad... Ya observamos una refeudalización galopante a nivel supraterritorial, el surgimiento de un sistema neofeudal: se sustituye la posesión de bienes raíces por el acceso a bienes privilegiados, informaciones valiosas, objetos de lujo, direcciones elitistas, canales

exquisitos y corredores cercanos al poder. Queda una leve esperanza en torno a lo que se llama "capitalismo filantrópico" o incluso "ético": como los ricos tampoco quieren hundirse y dependen para enriquecerse de los pobres quizá la salvación pueda ahora venir de arriba, la de abajo ha fracasado siempre: las revoluciones populares nunca fueron populares.

Como se sabe por el informe anual de Merrill Lynch en la España de la crisis, en 2009, han aumentado los ricos (gentes con más de un millón de dólares, 807 millones de euros, excluida la vivienda habitual y los bienes de consumo) un 12'5%, en



el mundo un 17%. Y debido sobre todo a la subida de la capitalización bursátil. El 29% de sus activos los invierten en renta variable, el 31% en renta fija, en inmuebles el 18%, efectivo en depósitos el 17%, inversiones alternativas el 6%. El 30% de su dinero se lo gastan en coleccionables de lujo, es decir, coches, barcos, etc., en joyas el 23%, en arte el 22%, en otros coleccionables el 14%, en inversiones deportivas el 8%, otros 3%. Y los super-ricos (con un patrimonio de más de 30 millones de dólares, 24 de euros) subieron en 2009 un 19,4% y sus posesiones se incrementaron en un 21,5% en el mundo. Y seguirá así...

Mientras tanto ya nadie osa hablar de estabilidad. En lugar de ello se habla de ciclos de avaricia y miedo, como si se tratara de un círculo infernal (de eterno retorno). Sloterdijk

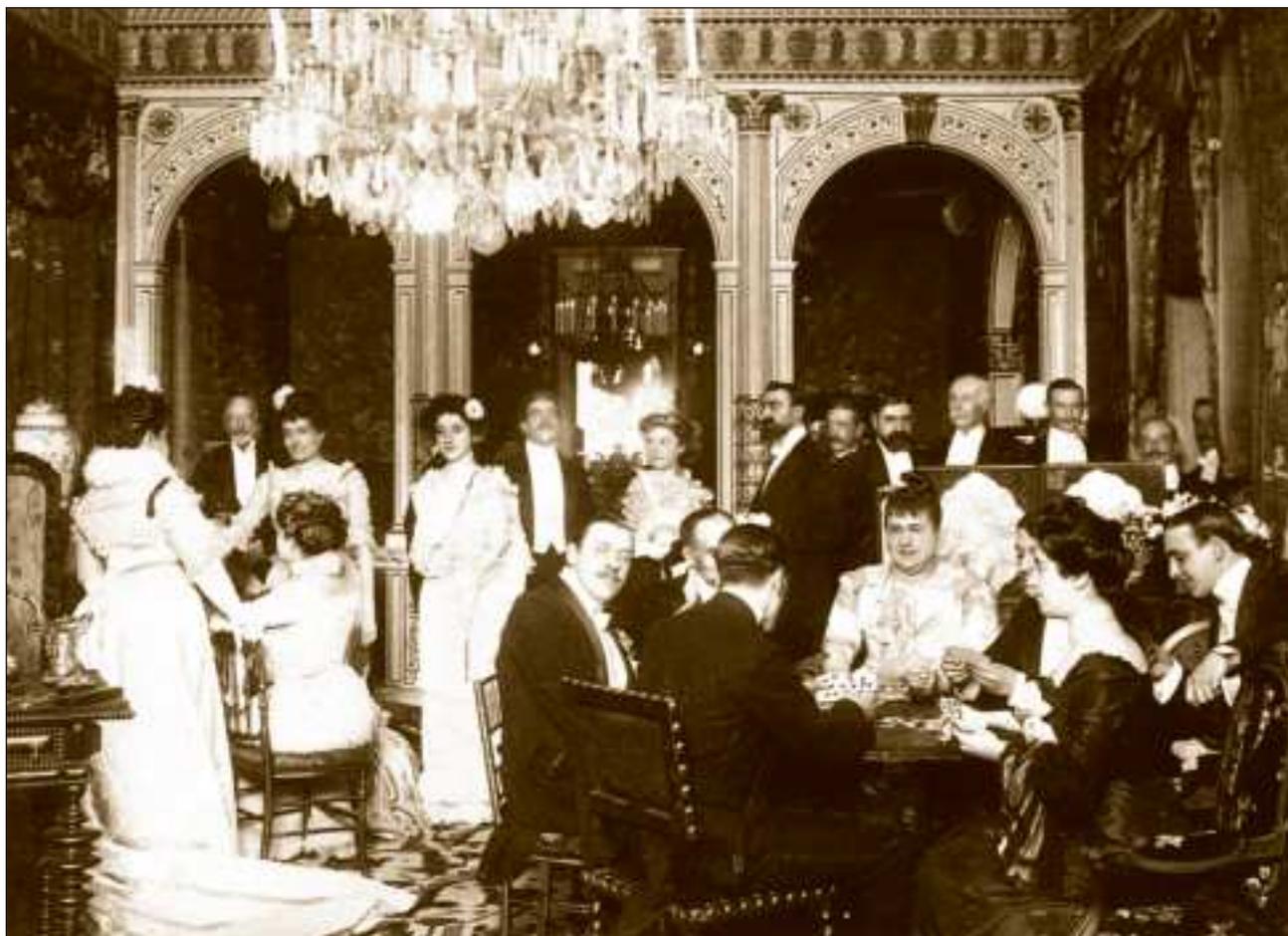
cree más bien que nuestro sistema se mueve en un ciclo entre los extremos de sentimientos de estrechez/amplitud, apretura/desahogo (hinchamiento/ahuecamiento), seriedad/frivolidad, antiinflación/inflación. Unos sentimientos llevan a la autolimitación y otros al vuelo de la ilusión. El último decenio antes de la crisis perteneció claramente a la frivolidad, a un típico estado de ánimo de *Belle-Époque*. Esta ebriedad de despreocupación, frivolidad, hinchamiento, etc. aparece cuando ya no se percibe la contraréplica de lo real.

Sí, hay que hablar de "Rausch", como hace Sloterdijk, embriaguez, delirio, vértigo: las ilusiones-*high* de los últimos 20 años han sido drogas puramente semánticas: eslóganes de esperanzas desafortunadas de dinero y de presunciones o fantasías

desmesuradas de riqueza. O hablar de funambulismo y sonambulismo: se han impuesto los inflacionistas, acróbatas de las deudas, que no es que sean incapaces, son gentes a las que nada despierta del nuevo sueño de la riqueza: la cruda razón de hoy. Quieren ser magos.

Crisis lógica

En todo *global player* europeo y americano se oculta un inflacionista con un motivo fantástico en su cabeza: el de ingresos sin esfuerzo. O un buscador de tesoros: ya no en el más allá sino en la tierra. Cuando se trata de riquezas nos inclinamos a creer en milagros: a nuestro lado los medievales eran racionalistas duros. Hay innumerables personas que piensan con toda seriedad que la vida les debe el hallazgo de un tesoro.



Salón aristocrático. Foto: Amador. Madrid, hacia 1905.

El auténtico héroe del neoliberalismo es Harry Potter, dice Sloterdijk, el potero mágico. Porque todo ha sucedido bajo el signo de la creencia neoliberal en el poder solucionador de problemas del mercado; incluso en la creencia de su moralidad bajo las supuestas categorías de esfuerzo, seriedad, seguimiento de reglas, juego limpio. Ese valor moral del mercado libre en cuanto corregidor de abusos, privilegios, explotación tendría sentido si se partiera de lo que partía en el liberalismo clásico: de igualdad de oportunidades e igualdad ante la ley de los ciudadanos. Pero creer en eso hoy parece hasta un sarcasmo. No, son mejor las novelas de Potter, que presentan la fábula o son como el manual de un mundo sin límites de realidad, y que convencieron a toda una generación para que descubriera en sí al mago: sólo los perdedores creen hoy en el trabajo, los demás se dedican a la alfarería mágica.

Magia es una actividad que oscurece la relación causa-efecto. La confusión comienza cuando la ganancia ya no tiene relación alguna con el esfuerzo o rendimiento. Esa falta de relación es la que caracteriza el estado de ánimo fundamental de los decenios pasados: se quería apearse de una realidad en la que trabajando 46 horas a la semana se gana un sueldo mediano mientras que por un par de horas de magia financiera se entra en el círculo de los superricos. Hemos inventado un cálculo peligroso: en lugar de ecuaciones prosaicas aparecen ecuaciones fantásticas. Eso arruina el sentido de proporción.

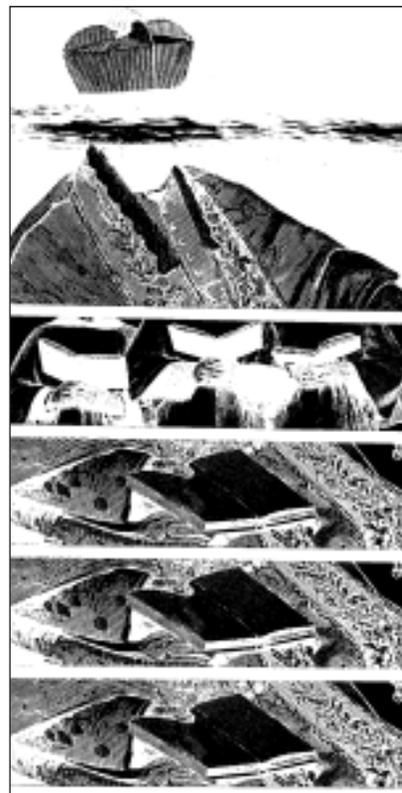
Pero también la educación se resiente, que se lo digan a los padres y maestros. Más bien se desmorona en cuanto se deroga consecuentemente la lógica del "si... entonces". Es difícil explicar hoy a los jóvenes lo que parecía obvio: que si se comportan así y así de ello se seguirá

esto o aquello. Porque si todo vale, de ello no se sigue nada. Hace días en un buen mesón de Madrid leía en las camisetas de dos jóvenes lo siguiente. En una: "Anoche el *rock and roll* me salvó la vida". En otra: "No hay nada que decir sobre la vida y la muerte, las cosas son más importantes que eso". Es un modo entre mil de describir rápidamente la situación líquida de cabeza de la generación potteriana. Que en los dos chicos del mesón 'Parrondo' no deja de tener cierta gracia inteligente.

De modo que tanto el sentido de proporción como el sentido de secuencia quedan lógicamente demolidos. Falta radical de lógica que va a hacer que la crisis sea permanente, no crítica en el sentido médico: una enfermedad que hace crisis. Aquí la enfermedad es consubstancial. Así, el resultado de esta crisis sólo puede ser la próxima. ¿Hasta la crisis final? Lo más que podemos conseguir es un aplazamiento de la crisis final, o mejor su disolución en crisis permanente.

Crisis ética

Falta garrafal de lógica que se une a una falta radical de ética. Hoy se borra la diferencia entre moralidad y amoralidad, de modo que la inmoralidad ni en concepto existe. La moral de hoy se produce en el propio sistema (mercado), que antes llamábamos loco o fariseo. Ya no se necesitan mandamientos ni prohibiciones. Lo más que hay es una especie de sistema de los necios: "si cada uno piensa en sí mismo se piensa en todos". Fórmula maravillosa que vuelve fútil todo lo que hasta ahora habíamos entendido por moral: si cada uno actúa eligiendo o prefiriendo 'racionalmente' entre una multitud de memes, hoy día más grande que nunca y que por tanto posibilita la libertad más que nunca, de acuerdo a un sistema coherente de vida en



Alfonso Ruano. *Saber Leer*, 1990.

pro de la felicidad individual: salud, paz, dinero, ecología, vivencias *light* culturales o artísticas y poco más, se producirá una racionalización global que llegue incluso a hacer superflua la democracia, que inevitablemente cohibe o constriñe la libertad individual. Son los ideales neocon o neoliberales. El libre mercado de memes regulará este sistema moral-amoral.

La transposición de la moral a la autorregulación del sistema de mercado fue un intento de la humanidad moderna de emanciparse de la ética religiosa (bueno es lo que Dios manda), que se convierte hoy en moral cibernética. (Estudio de las analogías entre los sistemas de control y comunicación de los seres vivos y los de las máquinas; y en particular, el de las aplicaciones de los mecanismos de regulación biológica a la tecnología, dice el DRAE). La ética de la mano o voluntad invisible. ¿Quién ordena en la sociedad de medios? Porque alguien ordena, desde luego, y a su modo.

Los 'señores del aire'. La emancipación religiosa cortó el cordón umbilical 'divino', devenido molesto, que nos unía de algún modo a una ley de arriba: los 10 mandamientos, la regla áurea o lo que fuera. Se perdió la 'autoridad' respetable, que hoy es líquida pero sigue siendo extrañamente férrea.

El siglo XX se distinguió sobre todo porque derogó fríamente el 5º mandamiento (no matarás) en nombre de un futuro mejor para un colectivo de raza o de clase: tanto la dictadura de derechas como de izquierdas se permitieron la licencia de grandes matanzas. Fascismo y comunismo eran inmorales al estilo totalitario y lo inmoral se reconocía inmediatamente. Pero lo que hoy vivimos ya no es reconocible inmediatamente como inmoral: ya no hay fronteras que haya que traspasar cuando se obra inmoralmemente, ni siquiera se actúa ya inmoralmemente. Se actúa más allá de la moral (que no existe): amoralmente. (¿Cómo seguir hablando de moral?)

Además de la prohibición de matar está la prohibición de los celos, recelos o envidias activos y pasivos: no has de desear lo que tienen otros ni dar celos con lo que tienes tú.

Los intentos actuales de emanciparse de los diez mandamientos se reducen a emanciparse de los cinco últimos que se refieren a prohibiciones de celos o envidias: no desearás ni hurtarás lo que tiene tu prójimo, su mujer, posesiones, bienes, nombre (levantando falsos testimonios). Hoy es al revés... Y si no hay caminos 'legales' para hacerlo (que los hay), se roba, es decir: se re-parte. El éter amor de nuestra cultura exige la reversión o inversión de los cinco mandamientos discretos: de discreción, prudencia, medida, circunspección, reserva, sensatez, buen juicio. Por eso, como ejemplo más picante, has de romper el

matrimonio, eso relaja el estado de ánimo y estimula el consumo. Y una licencia arrastra a otra...

Estos cinco mandamientos últimos representan en todas las civilizaciones la regla psicosocial de higiene más importante, que fue elaborándose en una evolución moral de miles de años: es la regla que impide el brote de la fuerza. Si por el contrario, como hacemos hoy, reavivamos sistemáticamente los conflictos de celos para promover el clima situacional de una sociedad de consumo y vivencias, más pronto o más tarde las consecuencias son desorientación moral e inflación psíquica: engreimiento, vanidad, infatuamiento de lo queda de 'alma', desfavorables para la economía psíquica, la prudencia, serenidad de ánimo de siempre. Infatuamiento: porque ni siquiera se intenta de verdad justificar la riqueza, calvinistamente digamos, por ejemplo repartiéndola o llevándola discretamente, o si es posible justificándola con mayores esfuerzos, responsabilidades o trabajos que los demás.

No, hoy se ha impuesto el culto a la Fortuna, en el que se celebra a la diosa del azar. (¿Y que hay más injusto que el azar?) En el fondo desde el siglo XIX vivimos en una religión neofatalista en la que se adora a una diosa caprichosa, la amiga de los vencedores. Es la diosa de los estadios, de las bolsas y de los duelos eróticos, siempre está allí donde hay vencedores y vencidos, su característica más llamativa es que nunca dice por qué prefiere a unos e ignora a otros: su fuerte no son las justificaciones.

Y bien ¿qué hacer? ¡Cambiar de vida, es obvio!

II. CAMBIO DE VIDA

Sloterdijk publica a comienzos de 2009 un libro, todo un *boom*

editorial, de próxima aparición en España, pensado y escrito antes de la crisis y que por tanto no puede plantearse como una proposición de salida de ella, aunque lo parezca: *Du musst dein Leben ändern, Tienes que cambiar de vida*. Mensaje que Rilke creyó de algún modo escuchar de un torso de Apolo que 'rebosaba de sí mismo en luz cegadora desde cualquier ángulo', sin cabeza y sin ojos 'no hay parte suya alguna que no te vea' sin embargo ("Archaïscher Torso Apollos", poema de 1908).

La llamada al cambio de vida, que antiguamente pronunciaba simplemente el Ser en forma de autosuperación filosófica, el propio Dios como sublimación ontoteológica, la Razón emancipadora al sujeto revolucionario, el gran Arte al alma bella'... tiene hoy un nuevo emisor: la crisis global. Antes podía ser un asunto personal de sensibilidades refinadas o de supervivencia personal en otro mundo. Pero hoy parece que la supervivencia es más seria: sólo si se asume y sigue esa llamada o invitación a cambiar de vida evitaremos la catástrofe global terráquea. Es la Crisis, pues, la que ya hablaba premonitoriamente en ese libro y la que decididamente habla desde entonces por medio de Sloterdijk: quiere que reconozcamos la Tierra como lo propio de todos nosotros. Por resumir, la crisis es hoy la 'autoridad' que antes era Dios (o la Razón o el Arte sacralizados): los seres humanos sienten que el *modus vivendi* actual no tiene futuro ni aquí ni ahora mismo. La situación del mundo transmite ese mensaje de Apolo: tienes que cambiar de vida.

Eso supone, digámoslo desde el principio: una nueva definición de la existencia, un nuevo ser humano, una revolución total de conciencia. No son generalidades, cualquier persona sensible lo entiende y sabe



El espíritu trabajador y ahorrador del calvinismo actuó como factor de desarrollo del liberalismo.

además qué parte le toca a él de esa gran exigencia humana, qué *training* ha de emprender. Es la llamada de la vida ejercitante, en ejercicio, activa; o alerta, atenta, vigilante, avisada, prevenida, inquieta, incluso intranquila y desasosegada (por agotar los sinónimos y para que bien se entienda): “das Appell des übenden Lebens”. Inquietud y desasosiego constructivos de un nuevo ser humano que con nueva conciencia y perspectiva de vida calibra la crisis y sabe que ha de mudar más que de piel (dinero). No se trata de una llamada religiosa pero

sí supone en principio una decisión ética: la que separa a quienes piensan que hay que seguir haciendo lo que hasta ahora de quienes salen de la vieja vida y quieren crear una nueva. Ése es el mejor camino a la ética hoy: a las buenas costumbres de supervivencia común.

Despejemos el campo conceptual.

Revolución de conciencia

Siempre se parte de que hay religión, como si la ‘religión’ fuera algo dado y dado por supuesto. Tanto los creyentes como los no

creyentes parten de la existencia de ella. Contra esto no ha podido hacer nada la ilustración, la modernización, ni la secularización. (¿Secularización de qué clausura?) El libro de Sloterdijk se dirige contra toda una “ecúmene de malentendidos” como éste, no es un escrito ateo combativo o un tratado crítico de la religión (que no existe). Su punto de vista es un giro de escenario: no hay religión, la religión no existe. (Es un concepto que como el de ‘sociedad’ o ‘humanidad’ hay que utilizar siempre entre comillas porque en esta época de espumas, sociedades de paredes delgadas y lábiles, ‘humanidad’ como mero horizonte virtual de culturas y razas, religiones como éticas universales si quieren supervivir... esos conceptos han perdido el contenido semántico de antes.) Lo que así se llama y se malentiende con el tradicional significado de ese nombre, bien contemplado desde la conciencia de hoy, son “sistemas espirituales de ejercicio”, o sistemas de ejercicio espiritual, da igual que se practiquen colectiva o individualmente. (Piénsese sobre todo, al menos como horizonte, en el yoga y budismo zen, o en la ascesis de estoicos y cristianos.)

Las cosas, en general, se comprenden mejor si se las presenta bajo conceptos inmunológicos. Lo más interesante conceptualmente de este libro es que desarrolla la propuesta de construir toda una teoría general de la cultura sobre la base de una inmunología general. No sólo físicamente necesita inmunidad vírica el ser humano, necesita seguridades también en lo simbólico: frente a lo abierto, el vacío, el sin-sentido, el futuro, la muerte. Y lo que llamamos ‘religión’ pone de manifiesto un modo cómo los seres culturales hacen funcionar su aparato simbólico de inmunidad. El modo privilegiado, el más refinado desde hace 3000 años, en que las

vanguardias de la humanidad ya vivían en una situación de conciencia para la que necesitaban cobijo: sienten, intuyen, experimentan cosas superpoderosas, enormes, inmensas, inconmensurables ante las que su inteligencia tiembla. Aunque no el único, el concepto de 'Dios' fue uno de los escudos más poderosos tras el que se retiró toda una era histórica para resistir ante lo inmenso e incomprensible, aquello que amenaza con petrificarte. ¿Matar a la Medusa y además poner a tu servicio su cabeza, dominar lo inconmensurable, y por ello monstruoso, y además poder utilizarlo contra malvados? Bueno, eso es una divina tontería mitológica: si te ayuda Zeus (tu padre), Atenea, Hermes, las Grayas, las Náyades... si armado con su cabeza vas a rescatar, aunque aún no lo sepas aún, a la bella

Andrómeda... si vas a vengarte de tu gran enemigo, acosador de tu madre... En fin, esto es inmunización a lo grande, tan fantástica casi como la de la religión (aunque tan real casi también como la de la ciencia puntera; pero no hablamos de ciencia ahora, sino de crisis y moral: ni una ni otra son científicas). Mitología o religión: sistemas de inmunización y cobijo en uno y otro mundo. ¿Diríamos mejor mecanismos de defensa, de racionalización, de sublimación? ¿Por qué no? Por la maldición de la conciencia el ser humano es el animal más débil, demasiado humano, melancólicamente entrañable. Sistemas de ejercicio, de entrenamiento anímico para soportar lo oscuro, mecanismos neuróticos para sublimar la miseria humana. Ya, pobre bestia la humana. Y todo por saber, pero ¿qué sabe en realidad el ser huma-

necesidad esencial del ser humano. El ser humano de hoy tiene que plantearse de nuevo ante el aldabonazo de la crisis.

Nuevo ser humano

Se trata de 'vida en ejercicio', de 'la llamada de una vida en ejercicio' o 'la llamada a una vida en ejercicio', resumiendo en 'ejercicio' todos los aspectos que venimos diciendo y los que siguen. Un modo de vida siempre antiguo y siempre nuevo si se quiere pero que hoy ante el requerimiento de la crisis comporta una vez más una nueva rodada del círculo de la concepción del ser humano de sí mismo, porque las condiciones de humanidad son otras.

Pero el ejercicio es el de siempre: un comportamiento de autoconfiguración, autosuperación y autoelevación. El ejercicio es "cualquier operación por la que se conserva o mejora la cualificación del actor para la próxima ejecución de un acto". No hay repetición ingenua, espontánea: por eso se necesita ejercicio. El ser humano no puede no hacer ejercicio (que se lo digan a quienes llevan semanas en cama). Está en perpetuo entrenamiento. Los seres humanos son seres ejercitantes, se autoengendran o autoconfiguran en ascesis [Reglas y prácticas encaminadas a la liberación del espíritu y el logro de la virtud. DRAE y ejercicios. El ser humano es el ser que se produce a sí mismo y a sus congéneres. Estamos condenados a la autoconfiguración. La vida entera es un campo único de ejercicio en el que los seres humanos se van configurando, moldeando como seres parlantes dominados por los programas de entrenamiento de sus *milieus* correspondientes.

La base teórica de ello la ofrece el amaestramiento wittgensteiniano desde niño en el uso del lenguaje, en juegos de lenguaje que van a constituir en cada momento tu



forma de vida y tu imagen del mundo. Sloterdijk recuerda el arsenal retórico de la ascetología antigua, por ejemplo la de Tertuliano, para impulsar a altos rendimientos a los atletas de la fe: recorre lo que se ha dicho en lenguajes de interioridad estéticos, religiosos, éticos, políticos. Para tener a mano un boceto del camino a través del mundo de los ejercitantes. Esbozos de una “filosofía de la antropotecnia”. Craig Venter y Hamilton Smith acaban en mayo de dar un paso esencial en la creación de vida artificial. Hoy día todo va demasiado deprisa como para no producir miedo, aunque de algún modo se sigue pensando que el progreso es fundamentalmente bueno, que el mundo va de mejor a mejor; o de peor en peor, porque el ser humano es capaz de todo. Hacen falta límites, criterios para ello, una ética.

Hasta un redactor-jefe de televisión se da cuenta, por lo menos el que en un periódico de Lausanne, Fathi Derder, comentando el éxito de Venter & Smith, escribía el 23 de mayo pasado:

“El hombre y su voluntad de poder son imparables. Pues detrás del progreso está la aspiración a la vida eterna, indisociable de la conciencia humana. ¿Qué hace correr al hombre desde siempre? La inmortalidad. Pedir al hombre que decrezca es pedirle ir contra su naturaleza. Es pedirle que muera.” Y añadía aún, y no está nada mal, sobre todo leerlo una mañana de domingo sentado al pie del lago de Ginebra: “La creación. Creación de riquezas, creación de derechos, creación artística. Crear todo. Somos un pueblo de creadores. Crear todo lo que pueda ser creado. Incluso la vida. A riesgo de matar a Dios. La creación, la revolución permanente. El motor de la existencia humana. Nada nos parará. Esto nos causa miedo, a veces. Pero

nada puede oponerse a la creatividad del hombre y a su voluntad de poder”. Y ya puestos en euforia acaba el párrafo el inteligente redactor-jefe televisivo:

“Hasta ahora el tiempo le ha dado razón. Ojalá que dure. Es una apuesta. La nueva apuesta pascaliana, en suma... La apuesta ya no es creer en Dios sino creer en la divinidad del hombre. Y, Dios sea loado, no tenemos otra que creer en ella. Sin miedo”².

Bueno, un ejemplo perfecto. Vuelve a hacer falta lógica en el pensar y ética en el obrar. Ambas son casi la misma cosa, y casi siempre fallan juntas, como vimos que sucede hoy. Ambas tienen que ver con límites, efectivamente. Sobre todo en este contexto de la perenne ejercitación humana en el que estamos, en el que la ética se plantearía como la investigación (lógica) de todos los procedimientos imaginables de cómo los seres humanos se configurarían a sí mismos. Simplemente eso fue lo que escandalizó a Habermas cuando Sloterdijk lo dijo por primera vez en 1999:

se tambaleaba el logos comunicativo —una nueva parodia del Dios de siempre, por muy ateo que se sea— que es quien habermasianamente nos configura. (cfr. Reglas para el parque humano, Siruela.) A pesar de escándalos de esa especie de sacerdote ateo que es Habermas (es sospechoso que guste tanto a monjas y curas o gentes de ese estilo, sobre todo a los ex) la pregunta es sólo por los límites de la técnica —genética— en la intervención sobre el hombre; algunos ya son legítimos de hecho: cirugía estética, prótesis dentales, prótesis médicas en general, etc. ¿Por qué no plantearse la mera posibilidad de otros y cómo regularlos? Cuando además va a tener que ser así pronto o tarde.

Podía decirse que el modelo básico de configuración de sí mismo es el estético, por esa autoridad no esclavizante que arquetípicamente emana en él de arriba, como quiere mostrar el magnífico ejemplo del torso de Apolo de Rilke. Aquí se manifiestan los derechos eternos de la experiencia estética como algo ejemplar-general, no al alcance de todos a cierto grado, pero que debería serlo al menos a algún nivel. Algo que algunos calificarían quizá de decadente, pero que está a la base del renacimiento de cada ser humano, cada uno a su nivel. Se trata de ese sentimiento romántico, pero de siempre, que representa el alma bella, graciosa, schilleriana, en la que la sensibilidad concuerda espontáneamente con la ley moral. Un ideal extraordinariamente configurador: la encarnación de la moralidad no como regla o deber sino como efusión del corazón o del instinto. Parece que eso no es más que un ideal (educativo), pero como ideal siempre sirve al menos de horizonte.

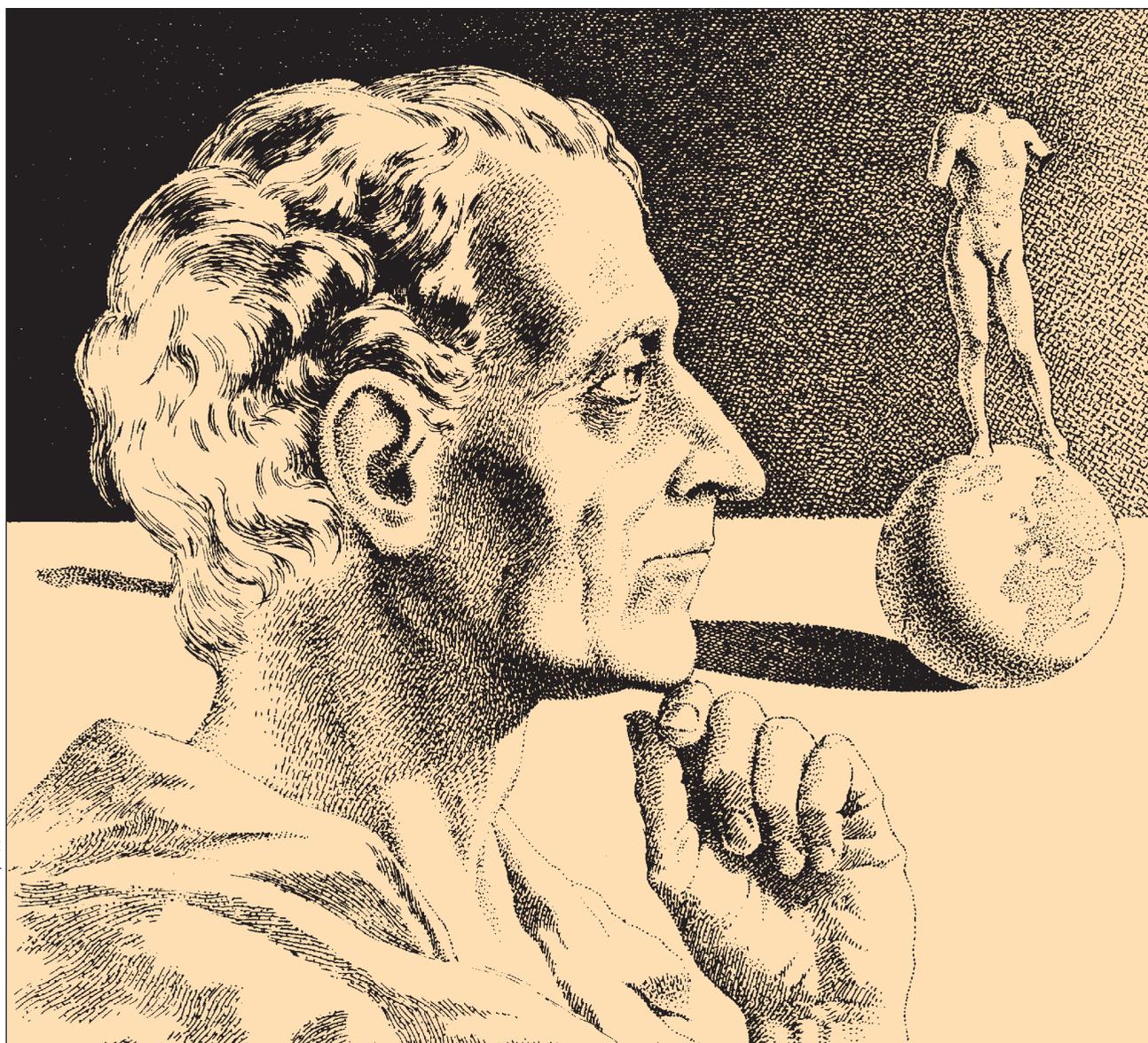
El encuentro con el arte como algo más allá del negocio diario es una aventura autoritaria en cierto modo, pero *soft*, siempre impulsa u obliga a la autoelevación a mentes cultivadas, educadas. (La educación, la formación, la *Bildung* siempre es lo primero.) Es encuentro con una forma de ‘autoridad’ no represora, una no esclavizante experiencia de diferencia de rangos, en el que estás tú y en el que está el modelo. Ya sólo entenderlo significa algo. Porque por ahora sólo entienden el mensaje de Apolo personas de cultura, refinadamente sensibles, exquisitamente educadas, a quienes, por ejemplo, se ha ahorrado cualquier domesticación educativa antiautoritaria, como bien dice Sloterdijk. Así, el poema de Rilke contiene, generalizando, lo común de todas las religiones, reglas monacales, programas de asociaciones,

prescripciones de entrenamientos y dietologías: el modelo esencial de configuración de uno mismo, decíamos. Prescindiendo de fundamentalismos, se trata de una autoridad convincente, suave pero fuertemente asumida en libertad por uno mismo: como si naciera de la propia sensibilidad, en efecto, que la experiencia del arte sólo despierta. De un 'renacimiento' civil un tanto sin embargo al viejo estilo místico (estético o ético también, en cuanto todas son vivencias del mundo *sub specie aeterni*): un nuevo y antiguo ser humano. De recuperar una forma de vida consciente.

Nueva forma de vida

Regulada por imperativos correspondientes a ese tipo de autoridad de que hablamos y a los tiempos que corren. En ese sentido Sloterdijk reformula imperativos absolutos, consciente de que ha de hablar moralmente a un tejido vesicular, alveolar, ampolloso, espúmeo como es la sociedad de hoy: una "gelée vibrante hiperactiva", regulada por el estrés que mutuamente se causan sus ciudadanos e instituciones, como decíamos, aminorado por el aburrimiento. Imperativos como: 'abandona tu dependencia del modo cómodo de vida'; 'desconfía del pequeño burgués que hay en

ti, que piensa que ya está bastante bien con ser como eres'; 'aprovecha la oportunidad de entrenarte, ejercitarte con un Dios', de confrontarte con una forma de autoridad *ad libitum* como ésta de la que hablamos (aunque sea discutiendo o peleando con él, como quería Wittgenstein). Y el imperativo general, absoluto, dado que es absoluto —por ejemplo: 'tienes que cambiar de vida'— ha de comprenderse más allá de los criterios religiosos, filosóficos o artístico-dionisiacos de donde sale. A más profundidad, aunque no lo parezca. Su versión, que nunca ha existido hasta ahora, nace de la pregunta: '¿en qué contribuyes a



Francisco Solé. Saber Leer, 1990.

diferir, anular o cambiar de dirección la autodestrucción ecológica?’ La ecología es prácticamente lo único que une y ha de unir hoy a la ‘humanidad’ de hoy más allá de su virtualidad como horizonte de culturas y razas. Nuestra verdadera patria, la Tierra, única que sepamos.

La religión era ese trasfondo absoluto en algún momento, nunca universal, ‘católica’, por sus diferencias, pero sí por su substancia. Si no es la religión ¿qué es lo que reforma hoy? Por desgracia tampoco el arte, convertido en mercancía de vivencias *light* postmodernas. Porque en el nuevo modo de vida se trata nada menos que de desautomatizar el campo entero del pensar, sentir, actuar: hay que configurarlo todo a la luz de la conciencia, todo tiene que pasar el filtro de la atención, de la alerta y el cuidado perenne. Una mezcla de religión y estética, que al fin y al cabo nacen de la misma sensibilidad. La confrontación ejercitante con algo más alto en el corazón del ser humano. El duque Federico de Montefeltro, s. xv., tenía en su palacio de Urbino dos capillas contiguas: una dedicada a Apolo y las Musas y otra al dios cristiano: todo un universo de sensibilidad elevadora, religioso-esteticizante, o estético-religiosa. Ética, estética y religión juntas conformaban para Wittgenstein lo místico. Las tres configuran al ser humano desde la base como fuente de ejercicios espirituales, ascesis superadoras de sí mismo.

En largas líneas en zig-zag, Sloterdijk, fielmente acompañado por Nietzsche y al ejemplo del budismo o el estoicismo como sistemas de ejercicio espiritual, recorre las épocas desde antiguo extrayendo las características estructurales de las diferentes ascesis históricas. Cuenta la historia de más de 2000 años de la ‘diferencia ética’: huida

del mundo, de lo acostumbrado, no entendimiento con lo que es el caso; se trata de seguir la postura de innumerables seres humanos en los últimos milenios: por la retirada del mundo desarrollar una vida alternativa en él, que le de seriedad respecto a la posibilidad de vida en él. A esas características estructurales pertenece, paradójicamente: la salida de lo acostumbrado, de las rutinas, la separación de la mayoría de los conviventes. Pertenece esencialmente la orientación vertical, la voluntad de arriba, de subir, elevarse.

En la Modernidad los sujetos retirados volvieron al mundo, las ascesis salieron de sus contextos espirituales para diluirse en el fluido de las modernas sociedades de *training*, formación y trabajo. Los virtuosos salieron de la esfera de los santos. Lo milagroso superó al milagro, digamos. Las ascesis se desespiritualizaron. Pero hoy se acabó ese desarrollo (acompañado de mucha alegría de vida) de una inocencia de mundo programada al progreso. En el presente falta la tensión vertical, la posibilidad de diferenciarse radicalmente del mundo (pensamiento único, moda, etc.), que sólo en los deportistas de élite pervive de algún modo.

De modo que hoy hemos llegado —a mayor nivel, más ricos de experiencias— al punto cero en el que comenzaron una vez los virtuosos espirituales. Se necesitaría un nuevo ciclo de elevación por encima de la abulia (embotamiento, apatía) y banalidad. Hay una crisis fundamental, una catástrofe de integración, desencadenada por la globalización desde 1492, así como por la explotación de recursos finitos de la naturaleza. Y avisados por la crisis vuelve la advertencia: existe lo superior, lo que llama desde más allá (a través de la crisis) y desde fuera, que provoca, desafía, espolea: ello

reside en nuestro ser como ‘humanidad’, a pesar de todas sus virtualidades. Como ciudadanos del mundo estamos demasiado requeridos, sobrepasados, sobreexigidos unos por otros, y sin embargo condenados a contar, pensar, en cada caso con la humanidad. Habría, pues, que ejercitar “buenas costumbres de supervivencia común” junto con la elevación individual. “Coinmunismo” frente a la crisis final o permanente, de que hablábamos al principio. Juntos pero aislados frente a ella. El comunismo ha fracasado.

El libro de Sloterdijk se presenta como un vademécum para todos aquellos que están cansados, hartos de que no se les ofrezca otra cosa que propaganda conservadora de valores o regresiones románticas de izquierdas. Más allá de ambas está la conciencia de que: ¡Lo maravilloso o milagroso es posible! Toda ética superior fluye del eros de lo imposible. Hay que reintegrar lo sublime en la ética. Quien se compromete con la ética de la superexigencia absoluta ya no necesita el pretexto de la religión. Ojalá la crisis de hoy nos proporcione esa nueva conciencia ‘religiosa’. ¿Por qué no llamarla así, a pesar de todo?

NOTAS

- 1 Un tanto en el sentido del libro citado, es decir, de la reacción de Rilke ante el torso de Apolo... El romanticismo del alma bella teñirá cosas que digamos después. Cuando hablamos de alma bella no nos referimos al Nietzsche de la Genealogía (&10), y un tanto al sentido de hoy de alma bella, es decir, a esa vana autosatisfacción moral del “puro de corazón” que se envuelve poéticamente en sus virtudes pero en el fondo es un resentido en quien habita subterráneamente un espíritu de venganza contra los que encarnan la verdadera riqueza y potencia de la vida, sino a algo quizá decadente, como dicen, pero profundo, no sólo en el Romanticismo sino desde antiguo: a una elevación moral de la sensibilidad romántica, al alma «graciosa» schilleriana, en la que la sensibilidad concuerda espontáneamente con la ley moral: la encarnación de la moralidad, no como regla o deber, sino como efusión del corazón o del instinto.
- 2 24 *Heures*, última página. Cfr. el extraordinario dossier “And Man Made Life” de *The Economist*, 22-28 mayo 2010.